

IGNACIO CARRERA PINTO: EL HOMBRE, EL SOLDADO Y EL HÉROE

POR
JULIO MIRANDA ESPINOZA*
COLABORADOR ACADÉMICO

En torno a la figura del capitán de la 4ª Compañía del Batallón Chacabuco, Ignacio José Carrera Pinto, el recuerdo escrito resalta por lo general su sublime sacrificio, ocurrido en la sierra peruana el 10 de julio de 1882, evento en el que ofrendó su vida en defensa del honor e integridad de su amada patria.

Dicho lo anterior, quisiéramos en este artículo dar a conocer otros aspectos de su personalidad que son dignos de destacar. En primer lugar, el peso, la fuerza de la tradición familiar, reconocida en el héroe por su altiva respuesta al documento de intimidación enviado por el coronel peruano Juan Gastó en la tarde del 9 de julio, cuando le señala: *“Comprenderá Ud. que ni como chileno ni como descendiente de aquel [se refiere a su abuelo paterno, el prócer de la Independencia y primer comandante en jefe del Ejército de Chile, el general José Miguel Carrera Verdugo] deben intimidarme ni el número de sus tropas ni las amenazas de rigor”*.¹

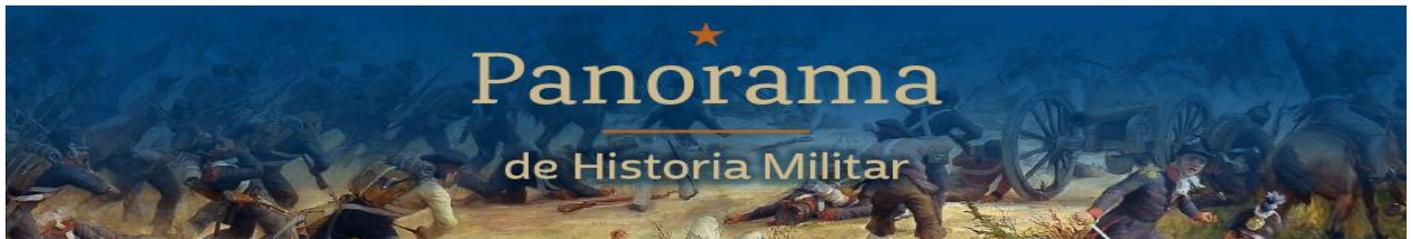
Entre los antepasados de Ignacio encontramos destacadas figuras en el plano tanto civil, como militar, religioso y político del país. Por su estirpe paterna era bisnieto del brigadier Ignacio de la Carrera y Cuevas –vocal de la Primera Junta Nacional de Gobierno—, y por la línea materna sobrino nieto del general de división Francisco Antonio Pinto Díaz, Presidente de la República en 1829. Todos ellos imprimieron su sello personal en la figura de nuestro héroe.

Según expresión de su tía abuela Javiera Carrera: *“Su temperamento inquieto, decidido y audaz lo hacía parecer a su abuelo el general Carrera”*.² Corría por las venas de aquel niño el distintivo de los hombres resueltos.

* Julio Miranda Espinoza es profesor de historia, geografía, educación cívica y economía política por la Universidad de Chile. Además fue profesor de historia militar en la Escuela Militar del Libertador Bernardo O’Higgins y es autor del libro *“Ignacio Carrera Pinto. El Héroe”*.

¹ Francisco Machuca, *Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico*. Valparaíso, Imprenta Victoria, 1926-1930, Tomo IV, pp. 298-299.

² Manuel Reyno Gutiérrez, *Próceres de Chile. Ignacio Carrera Pinto*. Santiago, Talleres de la Nación, 1985, p.10.



Su padre, José Miguel Carrera Fontecilla, considerado por sus biógrafos como un caudillo revolucionario, compartió las actividades agrícolas con la agitación política junto a liberales e igualitarios, conociendo la prisión con su amigo de ruta Benjamín Vicuña Mackenna y, posteriormente, el destierro, muriendo en Lima de una grave afección al hígado el 9 de septiembre de 1860, cuando Ignacio cumplía los 12 años de edad. Está claro, afirma Manuel Reyno, que su padre *“no tuvo ocasión de influir mucho en la educación ni en la formación de su personalidad”*.³ Por todo lo anterior fue su madre, la distinguida dama Emilia Pinto Benavente, quién debió criar y formar a sus ocho hijos, recibiendo el apoyo del abogado y destacado hombre público, José Ramón Lira Calvo, padrino de Ignacio, quién asumió en pleno –junto a su esposa Josefa Carrera– su compromiso bautismal. Fue él, personalmente, quien en marzo de 1860 matriculó a su ahijado en el Instituto Nacional.

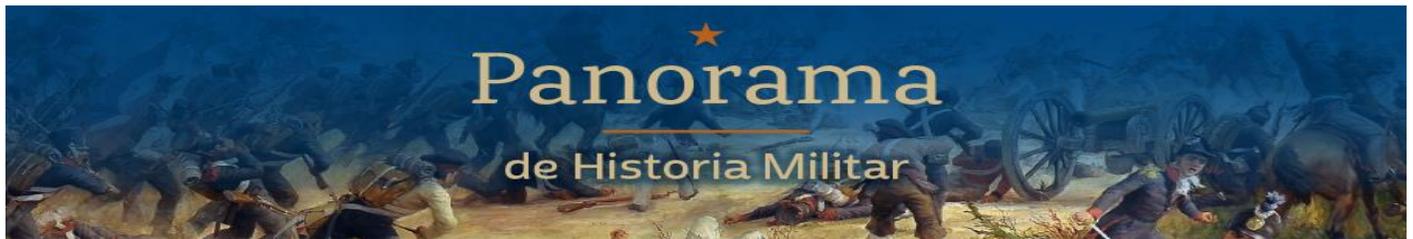
El acontecimiento anterior nos permite dar a conocer otra arista de su formación personal: su educación formal en las aulas del Instituto Nacional, establecimiento fundado por su abuelo José Miguel Carrera. Los libros de clases del plantel informan que sus notas y su conducta no fueron excelentes; era, como señala don Benjamín Vicuña Mackenna, *“Distraído de estudios i adicto a turbulentas novedades”*.⁴ Dirigía entonces el instituto Diego Barros Arana, rector que efectuó grandes innovaciones en los métodos de enseñanza y planes de estudio, destinados a cambiar la enseñanza memorística – tan en boga en esa época– por una que desarrollara la razón, enseñando a los jóvenes a pensar y, con ello, elevándoles la vitalidad intelectual.

Los profesores de Ignacio fueron figuras de connotación nacional, encontrándose entre ellos Abdón Cifuentes Espinoza, su profesor de Historia; Miguel Luis Amunátegui, en Literatura; Rodolfo Armando Philippi, profesor de Historia Natural; y Mariano Casanova, encargado de los Fundamentos de la Fe. Como podemos apreciar fueron maestros de selección, los que, sin duda, ejercieron en el joven estudiante una positiva influencia, especialmente de parte del futuro arzobispo de Santiago y fundador de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Mariano Casanova.

No cabe duda que las enseñanzas impartidas en el Instituto Nacional por su profesor en Educación de la Fe, acrecentaron en Ignacio su sentido de ayuda a la comunidad, y sobre todo su religiosidad, que se vio expresada en diferentes pasajes de su vida, participando – por ejemplo– junto al presbítero Blas Cañas en la fundación de un hogar para niños huérfanos y desvalidos.

³ Manuel Reyno Gutiérrez. Ídem.

⁴ Benjamín Vicuña Mackenna, *El Álbum de la Gloria de Chile*. Tomo II, Santiago, Editorial Vitea, 1977, p. 366.



Afirma monseñor Joaquín Matte Varas que a Carrera Pinto lo apodaban cariñosamente como el “Mocho”, *“por su espíritu religioso que siempre manifestó”*.⁵ Entre sus amistades de infancia se encontraron monseñor Ramón Ángel Jara, a quién le correspondió –en 1883– recibir en el templo de la Gratitude Nacional los corazones de los cuatro oficiales. Desde luego, fue en el seno familiar donde se forjaron sus creencias, pues dos de sus hermanas fueron religiosas y, en lo particular, Ignacio lucía orgulloso el escapulario de la Virgen del Carmen, regalo de una de sus tías abuelas cuando partió a la guerra.

Por otro lado, el servicio a la comunidad se manifestó en toda su esencia desde su temprana juventud, ingresando en 1868 a las filas de la Primera Compañía de Bomberos de Santiago, dirigida en aquella época por José Besa. Si bien su permanencia en esta institución no fue prolongada, reforzó en nuestro joven voluntario las condiciones de desprendimiento y generosidad, manifestadas diariamente por todos sus integrantes.

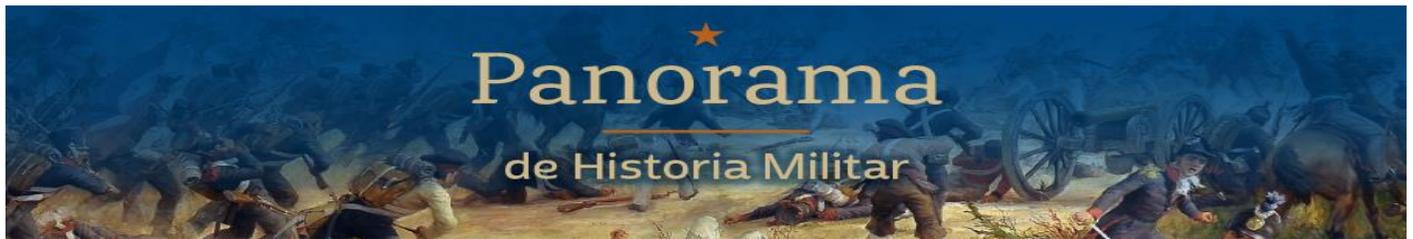
Posteriormente, integró como secretario el equipo de trabajo de la Intendencia de Santiago, a cuyo frente se encontraba Benjamín Vicuña Mackenna, quién formó un gabinete que al decir del diario “El Ferrocarril” era *“una verdadera tienda de campaña, desarrollando una actividad que levantó asombro por su eficacia”*.⁶ Su labor incansable le cambió el rostro a la capital, pues nuevas avenidas, paseos públicos y el heroseamiento del cerro Santa Lucía, entre otras obras, son muestra palpable de su inagotable tarea. En palabras del propio Intendente, el joven Carrera *“sirvió con inteligencia y una lealtad de sentimientos”*.⁷

La amistad, ese afecto puro y desinteresado que se fortalece con los años, estuvo también presente desde su niñez, ya que era –según dicen– de muchos y grandes amigos, tanto en su vida civil como militar, siendo precisamente éstos quienes otorgan testimonios fehacientes de los dones y de las virtudes que adornaron su alma. Uno de ellos fue Alberto del Solar –capitán del Regimiento Esmeralda–, quien compartió con nuestro héroe la campaña de Tacna y escribió en su diario de campaña: *“¡Cuántos proyectos hacíamos entonces...! Qué de chascarrillos que recordaban un episodio de la vida patria. Todo ello en medio de mil chistosas bromas y chacotas! Ninguno más fuerte para este género que Ignacio Carrera Pinto, el héroe de más tarde”...Aún era oficial del Esmeralda, y cada uno de nosotros lo quería y distinguía entre todos, adivinando a través de sus genialidades humorísticas y carácter afable y bondadoso, el corazón de hierro que dos años más*

⁵ Joaquín Matte Varas, *Junto a Dios los Inmortales*. Santiago, Departamento Comunicacional del Ejército, IGM, 2003, p.54.

⁶ Editorial del diario *El Ferrocarril*, 9 de agosto de 1872.

⁷ Benjamín Vicuña Mackenna, *El Álbum de la Gloria de Chile*. Op.cit., p.366.



adelante en la homérica epopeya de La Concepción, sabría manifestarse del temple que con el más noble de los nombres, le legaron sus antepasados”.⁸

En verdad fueron muchos los atributos que adornaron el alma y la personalidad del héroe de La Concepción, pero no se puede dejar de mencionar en este escrito una de sus particularidades más notables: sus ansias de gloria, la búsqueda de la superación y de la victoria, a costa incluso de su propia vida: *“Morir por Chile, levantar su nombre immaculado, no rendirse, ese únicamente era su credo”*⁹, razón por la cual aceptó sin vacilar el reto a la muerte.

Esta situación se hizo presente desde los inicios de su participación en el conflicto, señalando en su despedida: *“Voy a la guerra a dejar en alto el ilustre nombre de mis antepasados, los generales Carrera, o a buscar una bala loca en el combate...”*¹⁰

Señala Nicanor Molinare que esa nostalgia por la gloria acompañó en todo momento a Carrera, ilustrándolo el historiador con dos pasajes de la vida del héroe que muestran esta afirmación. La primera ocurrió en mayo de 1871, cuando *“junto a Arturo Salcedo, de paseo por la Alameda de Santiago, se detuvieron brevemente, para ofrecer sus saludos a la estatua del general José Miguel Carrera que se levanta en aquel lugar, Ignacio luego de mirar silenciosamente el bronce de su abuelo paterno le dijo a Salcedo: ‘Mira, Arturo, te juro que antes de mucho, en poco tiempo más habré muerto, y el mármol eternizará mi nombre porque moriré por Chile’ ”.*¹¹

Un año más tarde, la noche del 9 de mayo de 1882 (un día de negros nubarrones), encontrándose ambos oficiales destacados en la localidad de Pucará, recuerda Arturo Salcedo que Ignacio le manifestó su impaciencia por la irritante calma que inundaba el ambiente: *“Es muy sensible que no nos ataque Cáceres señaló, ahora que tenemos la oportunidad de hacer algo grande... yo abrigo –agregó– el convencimiento íntimo que no volveré a Chile y como una dulce compensación para los míos, es justo que ambicione dejar ligado mi nombre a las glorias de nuestro valeroso ejército”.*¹² La corazonada del héroe se cumpliría dos meses más tarde y fue el propio Salcedo el primero en enterarse de la suerte corrida por su amigo en La Concepción.

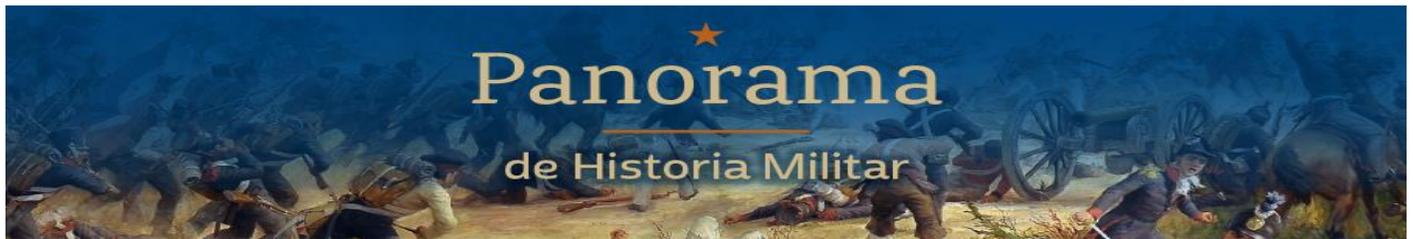
⁸ Alberto del Solar Navarrete, *Diario de Campaña. Recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico 1879-1884*. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, Tercera Edición, 1967, p. 116.

⁹ Nicanor Molinare, *El Combate de la Concepción*. En “El Diario Ilustrado”, 17 de julio de 1911, p. 5.

¹⁰ Estado Mayor General del Ejército, *Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile 1810-1891*. Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1981, p. 230.

¹¹ Nicanor Molinare, *El Combate de La Concepción, 9 y 10 de julio de 1911*. En “El Diario Ilustrado”, op. cit., p. 5.

¹² *Ibíd.*



Por último, la sencillez personal, esa noble cualidad del ser humano tan ajena a la búsqueda de los bienes materiales y absolutamente opuesta a la ostentación, marcó la personalidad del capitán Ignacio Carrera Pinto y sobre ello llama poderosamente la atención la pobreza de sus efectos personales y de cargo. Un mes después de su holocausto, el inventario de su equipaje –efectuado en la ciudad de Lima, en la oficina de la Mayoría del Batallón Chacabuco— habla por sí solo, pues al momento de su muerte dejaba *“una maleta de suela, dos pares de pantalones azul negro, uno nuevo y el otro muy usado, un par de botines, tres pares de calcetines, una camiseta de lana, un pañuelo, seis camisas, cuatro pares de calzoncillos y un catre de campaña”*.¹³

A su patria ofrendó su vida y a su hermana Elvira su pensión.

¹³ Inventario de los efectos personales correspondientes al capitán Ignacio Carrera Pinto. En *Libro de Correspondencia del Batallón Chacabuco 6º de Línea, 1882*. Departamento Cultural, Histórico y de Extensión del Ejército. Archivo Histórico.